LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES

Por **JOSE ORTEGA MUNILLA**

Antonio Zozaya, Concha Espina,
J. Lopez Pinillos (Parmeno), Rafael Torrome, etc

LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES

V O L U M E N P R I M E R O

LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES

POR

J. ORTEGA MUNILLA, ANTONIO ZOZAYA, CONCHA ESPINA DE SERNA, J. LÓPEZ PINILLOS, RAFAEL TORROMÉ, LEONOR SERRANO

PORTADA E ILUSTRACIONES DE

F E D E R I C O R I B A S

COLECCIONES "INFANCIA"
ANTONIO FLORES, 1
MADRID

EL NIÑO DORMILÓN

En estrecha guardilla de la calle de Ministriles moraba una familia, compuesta de los padres y tres hijos. El mayor de ellos, de unos diez años de edad, se llamaba Juan Andrés. Era un mocico gentil y espigado, moreno, de bellos ojos negrísimos, de profusa cabellera rizada. Seguían en el orden cronólogico una niña llamada Rosario, y otra, Luisa. El jefe de aquella triste gente era Eduardo Campo Alvarez, y la esposa llevaba el nombre castizo de Pilar.

Campo Alvarez era descendiente de una antigua familia de torcedores de seda, que había tenido siempre su taller y su tiendecita en un entresuelo de la calle de Ciudad Rodrigo. Allí se trabajaba en la elaboración de cordones, de cintas y adornos de pasamanería. El abuelo, que se llamó Isidro, había llevado este negocio a las más altas cumbres del esplendor y de la gloria. Él sirvió a la Reina Portuguesa, primera mujer de Don Fernando VII, para los paramentos y adornos de los tapices, colgaduras, doseles y lambrequines, que aún se ostentan en famosa capilla de la corte. Decayó la industria por las enfermedades y por otras desventuras de los que la ejercitaban, y así, un linaje antes próspero, llegó a la miseria. Eduardo Campo Alvarez se vió en la triste necesidad de traspasar el taller y la tienda, pasando de patrono a obrero. Grande sería la amargura del desventurado, cuando hubo de solicitar del nuevo dueño que le admitiese como operador. Allá, en la guardilla de la calle de Ministriles, montó él los husos y los telares. Cada sábado iba a entregar en la que había sido su tienda, el fruto del esfuerzo semanal, por el que recibía unas cuantas pesetas, apenas lo necesario para impedir que el hambre acabase con él y con su familia.

Trabajaban juntos, febrilmente, ardorosamente todos los que en aquella

guardilla moraban, quitándose horas del sueño, comiendo de prisa el pobre yantar, privándose de paseos y de descanso: esclavos dolorosos de la miseria.

En el primogénito, Juan Andrés, quedaban los resabios de los tiempos de abundancia, aquellos en los que Campo Alvarez ganaba crecidas sumas, gastándolas en la dicha de los suyos. Entonces, la comida era abundante y escogida, y, en los días de fiesta, la familia salía de paseo e iba a merendar a los altozanos de la Pradera de San Isidro. Allí, sobre la tierra, se tendía el mantelillo, y la buena madre sacaba de una cesta, de que ella misma era conductora, manjares gratos que eran devorados con alegría.

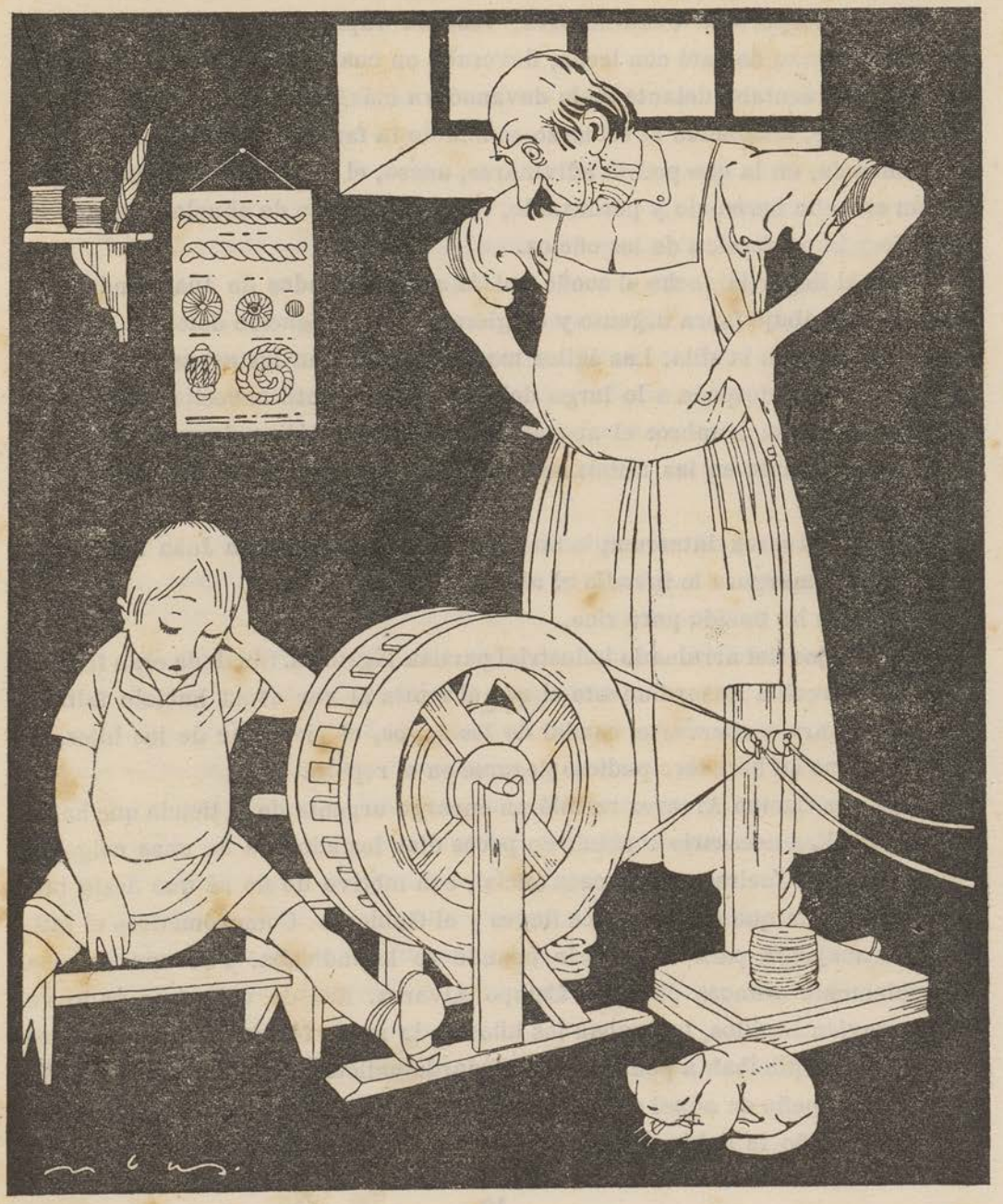
Juan Andrés iba a la escuela, a un pequeño colegio establecido en la calle de los Estudios, donde un clérigo humilde y culto le enseñó bien pronto a leer, escribir y contar. Cuando sobrevino la catástrofe, Campo Alvarez y Pilar aceptaron con resignación la prueba. En el pobrísimo taller reanudaron sus labores. Y los padres y los niños manejaban los husos para revestir los pulidos discos de madera que formaban luego el adorno de los cortinajes en las casas ricas. Juan Andrés, que había dejado de ir al colegio, porque los padres no podían pagarlo y porque era necesario que él cooperase en la obra familiar, ponía en ello el mejor espíritu. Pero restaban en él las costumbres de los días felices. Aquel niño era sobradamente dormilón, carecía de voluntad para sentarse en el lecho cuando su madre le llamaba, para saltar presto al suelo, para meter la cabeza en la jofaina, manera de ahogar el sueño y librarse de él. Causábale profunda pena a Pilar imponer al niño el sacrificio del descanso, y así le dejaba dormir largamente. El padre refunfuñaba.

—¿Qué razón hay—decía—para que Juan Andrés siga durmiendo, mientras estas nenas, sus hermanas, que por ser de edad menor merecen más delicadas atenciones, se levantan con el alba y se deshacen los deditos meneando la devanadera?

Y luego añadía el padre:

—¡Quiera Dios que este hijo no nos salga un holgazán, de esos que son oruga de los linajes, vergüenza de sus familias y destrucción de ellas!...

Estos juicios y estos temores llenaban de angustia a Pilar, porque ella también los sentía vivir en su mente.



Bien es verdad que, cuando a las diez o las once de la mañana, ahito de sueño, se despertaba Juan Andrés, vestíase rápidamente, tomaba en dos sorbos una taza de café con leche, devoraba en cuatro mordiscos un corrusco de pan y se sentaba delante de la devanadera máxima, y la hacía girar vertiginosamente, añadiendo al esfuerzo común de la familia laboriosa una nueva vehemencia, en la que podría adivinarse, acaso, el ímpetu y la continuación de un empeño heredado y perdurable, el que mantiene de abuelos a nietos el triunfo y la perfección de los oficios.

Pero al llegar la noche el sueño volvía a los párpados de Juan Andrés, y aunque el trabajo fuera urgente y exigiera una prolongación dolorosa, se quedaba dormido en la silla. Las ágiles manos que movían las aspas, deteníanse primero, caían después a lo largo del cuerpo. La gentil cabecita del niño se doblaba sobre el hombro: el aparato permanecía estático después de haber girado lentamente en las últimas convulsiones que el empuje del operario le transmitiera.

Campo Alvarez interrumpía también su labor, miraba a Juan Andrés, y una ola de amargura le invadía el alma.

—Es que ha nacido para rico.

De los ojos del arruinado industrial partían lágrimas. Sin duda eran formas de un inmerecido remordimiento el que él sentía al ver cómo habíale faltado el acierto para conservar el caudal de los suyos, el bienestar de los hijos, el modo de que su heredero pudiese gozarse en el reposo.

Una vez Campo Alvarez recibió un encargo urgente de la tienda que había sido suya. Era necesario concluir en pocos días los adornos de unas colgaduras que iban a lucirse en una casa oficial, con motivo de no sé qué fiesta brillantísima, a la que acudirían los Reyes y el Gobierno. Comprometióse el fatigado trabajador para entregarlo cuando se le indicaba. Fué una semana terriblemente afanosa para los Campo Alvarez. Era de ver cómo padres e hijos movían husillos, trenzaban los hilos de la seda, formaban los madroños multicolores que iban a pender de las guardamalletas. También Juan Andrés ponía su empeño en aquel esfuerzo, pero no le era posible librarse de su enemigo. El sueño le había esclavizado, la pereza amortiguaba la vibración de

sus músculos. Cuando en el momento crítico de la labor, el decisivo para que ésta quedara conclusa oportunamente, Campo Alvarez vió a su hijo dormido, exclamó:

—Pilar. Somos muy desgraciados. Juan Andrés está ausente de nosotros, no se interesa ni aun por el compromiso que yo he contraído. Hoy se levantó a las doce. Son las seis de la tarde, y se ha vuelto a dormir. Si fuera un imbécil no tendría responsabilidad alguna. Pero no lo es, sino que, por el contrario, Dios le ha otorgado suficiente inteligencia. Lo que le falta es la voluntad. Lo que no tiene es el querer, el ansia de ayudarnos, el espíritu de sacrificio... Tendremos que prescindir de él. Buscaré un aprendiz a sueldo. Eso disminuirá nuestras pequeñas ganancias, pero nos permitirá cumplir los compromisos contraídos. Ya sabes lo que es el amo, cuán exigente. Además, él ha de corresponder asimismo con sus obligaciones... ¡Qué tristeza!...

Pilar, emocionada por las palabras de su marido, se acercó a él, le oprimió entre sus brazos, y dijo:

—No, Eduardo, no. Nuestro niño es muy bueno. En la edad en que se halla no es posible que comprenda adónde ha de llegar su sacrificio. El cansancio le rinde; y no sabe defenderse de él... Espera, espera.

Las dos niñitas, que movían sin cesar sus manos, torciendo los hilos polícromos, miraron con miedo y dolor a sus padres.

Entonces, Juan Andrés despertó bruscamente; hubo en sus nervios y en sus músculos una agitación violentísima. Se puso en pie. Lo había oído todo, se había enterado de todo. Una inmensa amargura le invadió. Por vez primera se daba cuenta de que el niño pobre, hijo de pobres, no tenía derecho al reposo. Sintió sobre su cuello un dogal que le aprisionaba. Comprendió que era una bestia destinada a la servidumbre. Todo el pasado de los míseros, todas las desdichas de su familia, todas las intranquilidades paternas, acudieron a la mente del desgraciado, revelándole un deber, declarándole una sentencia, imponiéndole el castigo.

Acercóse Juan Andrés a Campo Alvarez, postróse de rodillas y exclamó entre lágrimas:

—Perdonad, padres míos. He sido un haragán, he sido un dormilón. Ya

veréis como eso no se repite. No quiero que se repita... Yo debo trabajar más que todos en esta casa, y así lo haré. Desde ahora quedaré separado para siempre del sueño.

Y deshaciéndose Juan Andrés de los brazos de Campo Alvarez y de Pilar, volvió a menear el mecanismo que le estaba confiado. Fué un frenesí, un girar loco, un pasar raudo de las madejas de seda. Y así una hora y otra hora. Y así siempre... Era preciso que Pilar sujetara con sus débiles brazos los de Juan Andrés para que él suspendiera la obra. Mucho antes de que los demás se alzaran de la cama, estaba cada día en el cuartucho que servía de obrador. Y allí permanecía indefinidamente. No sólo había acudido a Juan Andrés el ansia laboriosa; sino que la maestría aumentaba rápidamente. Pronto se vió que el niño era más hábil que el padre en la humilde y vistosa industria con que los opulentos embellecen sus palacios. Él descubrió maneras de que lo lento fuera rápido; él supo cómo podrían enlazarse cuatro hebras de diferente matiz sobre los husillos, conservando cada una su sitio, como las notas musicales en el sabio pentágrama.

El padre, que había nacido para el dolor y que sentía la amargura de no haber hecho a sus descendientes ricos, o dueños, a lo menos, de un suave bienestar, creyó que, con sus quejas injustas, había destruído la felicidad de Juan Andrés.

Este adivinó en el gesto del padre lo que le ocurría, y una noche, habiendo avanzado mucho la velada, ordenó a todos que se acostaran, obligó a los viejos a que entraran en su estancia, llevó en brazos a las hermanitas a sus cunas. Y volviendo al telar, les dijo:

—Descansad todos, yo trabajaré por vosotros.

Pronto se oyó el rodar de las máquinas, el silbido ténue de los múltiples hilos sedeños que, atravesando el espacio, se juntaban para formar las cintas luminosas.

Juan Andrés escuchó en la cercana alcoba de los padres, llantos y rezos. Abandonó el trabajo, acudió rápido al lado de los tristes ancianos. Sonaron besos. La guardilla de la calle de Ministriles se convirtió en un templo de amor y de heroismo. El niño dormilón había despertado, una familia iba a renacer.

J. ORTEGA MUNILLA

DERECHO DE ASILO

Cuando Don Baltasar, el maestro, apareció en el umbral de la escuela, la plazoleta parecía un campo de Agramante. Un grupo de niños golpeaba furiosamente a otro de alguna más edad, que, en vano, forcejeaba por desasirse de sus opresores. Era el aporreado un rapaz como de trece años, andrajoso, sucio, despeinado y sangrante de labios y nariz, que resoplaba, rugía y parecía resuelto a defenderse *unguibus et rostro*. Pero el número de sus adversarios aumentaba a cada momento, y cuando parecía que la desesperación iba a procurarle una ventaja transitoria, o por lo menos, una tregua, Juanillo, el hijo del herrador, mocetón fuerte y musculoso, se adelantó hasta el centro de la pelea y aplicó un vigoroso puñetazo en la sien al intruso, que le hizo rodar sin sentido en el polvo, con el rudo desplome con que debió caer el hijo de Priamo bajo el golpe colérico de Aquiles.

Fué en este momento cuando llegó Don Baltasar. Alto, pálido el rostro, bajo su cabellera poblada y nívea, había en su porte y su ademán un sello de austera dignidad, que le hacía ser respetado siempre, sin acudir a la violencia. Una sola palabra, dulce, persuasiva; pero clara y firmemente timbrada del pedagogo bastaba a decidir la obediencia. Apartó a los díscolos, y en torno suyo se hizo un gran silencio, mientras él contempló al luchador caído con expresión de misericordia.

—¿Son estos los frutos de la Escuela?—preguntó amarga y reposadamente.

—Señor maestro—clamó Juanillo—: ¡Es un vagabundo!

—¡Un ladrón!—saltó Rudesindo.

—¡Un criminal!—gritaron seis o siete chicos a coro.

—Es un semejante nuestro que está herido y necesita auxilio—contestó el maestro—. A ver: cuatro de los más fuertes que me ayuden a entrarlo en la Escuela.

Los cuatro niños más vigorosos tomaron en peso al vagabundo, y cinco minutos después, el lesionado aventurero reposaba en el sillón de Don Baltasar, perfectamente atendido por éste.

En la estancia clara, luminosa, limpia, no se oía el vuelo de una mosca.

Los niños sentían algo así como remordimiento de haber hecho mal; ante los bancos, los pupitres, los cuadros y mapas que les recordaban su labor asidua y las lecciones recibidas de bondad y de enaltecimiento, experimentaban un hondo pesar de haber delinquido, y un ferviente deseo de que su acción no tuviera lamentables y dolorosas consecuencias.

El maestro reconoció la herida.

—No tiene importancia—exclamó.

—¡No tiene importancia!—repitiéronse bajito los niños, unos a otros.

Miraban con curiosidad al niño errante. Abría los ojos, serenos, inteligentes, y fijaba su mirada en todo cuanto le rodeaba con estupor. No tenía el aspecto huraño y selvático que había provocado la cólera de sus perseguidores. Ahora les parecía agradable, le encontraban una belleza que no acertaban a explicar.

—Ya vuelve en sí—murmuró el pedagogo.

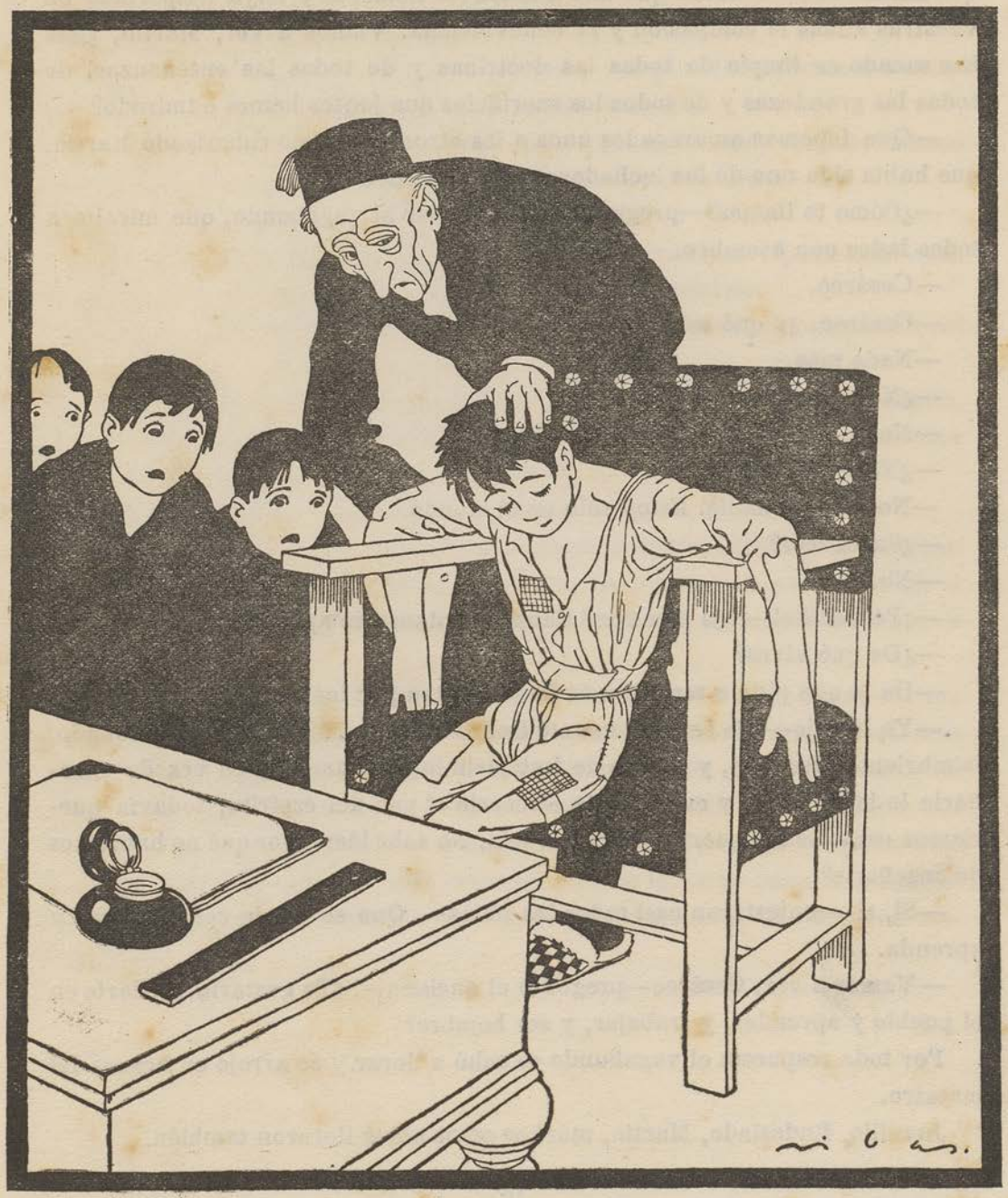
—¡Ya vuelve en sí!—se oyó por toda la clase como un cuchicheo.

Aplicó el maestro un paño con árnica a la sien del pobre vagabundo; lo vendó cuidadosamente, ayudado por Juanillo, y luego, dando una palmadita en la espalda al rapaz atónito, le dijo:

—No ha sido más que un susto, hijo mío.

—¡No ha sido más que un susto!—se repitieron regocijados todos los niños.

—Ya veis, hijos míos, lo que es la Escuela—dijo Don Baltasar—. Hace un momento, por un gesto, por una palabra, por alguna pequeña ratería, que ni siquiera deseo saber, os sentíais todos crueles y poco menos que homicidas. Y ahora, ha bastado que os reunáis aquí dentro, en esta habitación humilde, en donde tantos días aprendemos a ser ciudadanos y hombres de bien, para



que sintáis la solidaridad que une a todos los hombres y haya despertado en vuestras almas la compasión y la benevolencia. Vamos a ver, Martín, ¿qué has sacado en limpio de todas las doctrinas y de todas las enseñanzas, de todas las grandezas y de todos los sacrificios que juntos hemos admirado?

—Que debemos amarnos los unos a los otros—contestó ruborizado Martín, que había sido uno de los luchadores más violentos.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Don Baltasar al vagabundo, que miraba a todos lados con asombro.

—Cesáreo.

—Cesáreo, ¿y qué más?

—Nada más.

—¿No tienes padres?

—No.

—¿Ni hermanos?

—No tengo a nadie. Estoy solo en el mundo.

—¿Sabes leer?

—No.

—¡Pobrecillo!—dijo una voz infantil prontamente apagada.

—¿De qué vives?

—De lo que pido o tomo donde lo encuentro por los caminos.

—Ya lo veis—dijo reposadamente Don Baltasar—. Es un niño abandonado, hambriento, desnudo, y en vez de festejarle lo golpeamos, y en vez de enseñarle lo injuriamos, y en lugar de ofrecerle el pan del espíritu, todavía queríamos cerrarle las puertas de la Escuela. No sabe leer, ¿por qué no habremos de enseñarle?

—Sí, sí—contestaron casi todos los niños—. Que se quede con nosotros y aprenda.

—Vamos a ver, Cesáreo—preguntó el anciano—. ¿Te gustaría quedarte en el pueblo y aprender, y trabajar, y ser hombre?

Por toda respuesta el vagabundo se echó a llorar y se arrojó en brazos del maestro.

Juanillo, Rudesindo, Martín, muchos otros niños lloraron también.

—Sí; te quedarás en el pueblo; te buscaré trabajo; vendrás a la Escuela; todos estos niños serán tus hermanos...

El sol comenzó a entrar fulgente, deslumbrador por los espaciosos ventanales, cayendo sobre los pupitres como un polvo de oro.

Cesáreo introdujo la mano por entre sus rotas vestiduras y sacó de su seno una cadenita con una medalla; la besó y la entregó al maestro.

—Para la Escuela—sollozó medio desvanecido.

—Sí; para la Escuela—contestó recibiéndola el profesor—. La colocaremos en un cuadro y a todos nos servirá de ejemplo y de estímulo.

—Ahora—añadió el anciano—salid un momento al jardín mientras os preparo el desyuno.

Los niños salieron rodeando a Cesáreo. Uno le echaba los brazos al cuello, otro le estrechaba las manos. Parecía que la Escuela había despertado en todos un sentimiento excelso de humanidad.

—Yo te dejaré mis libros—le decía el uno.

—Yo partiré contigo la merienda—le decía Juanillo, el violento Aquiles.

El maestro quedó solo en medio de la estancia. Enjugó sus párpados con el pañuelo. También él estaba solo en el mundo, pobre, abandonado, falto de cariño y sostén.

Pero estaba allí, en la *Casa Grande,* en la escuela, en el hogar tibio en que no hay desamparados ni vagabundos, oyendo a lo lejos las risas y los charloteos de los niños, sintiendo en la conciencia la satisfacción del deber cumplido y en la frente el anhelo del misterio de la Naturaleza inefable, contemplando los bancos en que se habían sentado y habrán de sentarse tantos pequeñuelos, viendo, bajo el dosel que cobijaba todos los días de labor su cabeza nevada y temblante, plegarse los colores áureos y sangrientos de la bandera nacional...

ANTONIO ZOZAYA

LA RUTA BLANCA

TENÍA Rosa Luz dos pichones palomariegos, lindísimos y alegres, tan dóciles y mansos, que se le posaban en los hombros y le tomaban en la boca los granos partidos de maíz y las migajas de pan.

Lucían el plumaje de las alas, ceniciento y azul, el pecho morado, el pico amarillo, las patas rojas; eran de casta real, cruzada con la mensajera, domesticada y arrulladora, y la nena los prefería entre todo el bando con mimos especiales.

Doce años cuenta la zagala, doce años campesinos y puros, florecidos en la silvestre paz de un caserío montañés.

Se había quedado sola en el mundo con su madre, viuda y joven, muy arrestada para el trabajo, muy valiente en la bárbara puja labradora. Desde la temprana viudez, mereció por su belleza y su virtud reiteradas solicitudes matrimoniales; pero ella quiso vivir para su niña y renunció a nuevas nupcias con decidido tesón. En sus manos firmes y abnegadas, la hacienda mezquina se mantuvo sin menoscabo, mientras Rosa Luz fué creciendo risueña y gentil, mimada como los zuritos que hoy se arrullan en su palomar.

A gala tiene la chiquilla el imitar a su madre en lo hacendosa y pulcra. Así, desde que cumplió la docena de abriles, siembra el huerto con mucha disposición, lava y cose la ropa y se ocupa, con singular encanto, de cebar a los palomitos chiquitines y prodigar sus desvelos a las hembras ponedoras.

La prematura abnegación de la mujer aldeana se inicia en Rosa Luz con una impaciencia dolorosa: quiere ayudar mucho a su madre, levantarle de los hombros, en lo posible, la carga de la vida, remar a su lado con denuedo, en los temporales de la pobreza. Y se yergue con orgullo cada vez que le

evita un trajín, un afán; se esponja y se estimula cuando sabe cuidarla un poco, devolverle, a fuerza de gracia y devoción, alguno de aquellos agasajos que de ella ha recibido a manos llenas.

Al calor de tan vivo interés, cree la niña observar que está su madre algo decaída: anda más triste que de costumbre, y mirándola mucho con ojos avizores, se le nota un esfuerzo más penoso en la diaria faena, y, en los breves momentos de descanso, una angustiosa expresión de languidez.

Antaño, cuando vivía la abuelita, ya estuvo así delicada y mustia Asunción, la moza ejemplar, y entonces su madre puso remedio a la amenazada salud con un gran elixir elaborado por los frailes de la villa.

Fué allá la anciana un día de mercado, con mucho sigilo, desde el cumbreño casal de Cintul y llevóse dos palomas torcaces, bien cebadas, que le valieron precisamente el importe de una botella de licor.

Y un sorbo diario de la maravillosa bebida curó a la muchacha de la anémica endeblez que antes de conocerse tan eficaz composición hubiera exigido la asistencia del médico o el largo tratamiento aldeano de «las siete cosas».

No olvida estos antecedentes Rosa Luz: vive hace tiempo muy atisbadora y vigilante, como si se alzara en la punta de los pies para deletrear la vida.

Tanto deseo tiene de intervenir en ella igual que una mujer, que procura alargarse la falda, ceñirse el corpiño, recogerse las trenzas en un moño y empinarse con mucha gallardía sobre las abarcas de tarugos.

Así, con ávida penetración, fija en su madre los ojos, la persigue con solícito desvelo, y acaba por cerciorarse de que necesita una botella de elixir.

Es preciso comprarla sin que la enferma se entere, porque no lo consentiría; cuesta diez reales, y es demasiado precio para los pobres labradores de Cintul; los cultivos de un campo añojal y de una haza de mies no les permite remediarse con el excelente vino.

Pero Rosa Luz no se considera menos industriosa que la difunta abuelita. Acudirá también al averío arrullador, y no serán torcaces las que lleve a la feria, sino que ha de elegir lo mejor del bando, los pichones hermosos y

preferidos, mediante los cuales se propone comprar hasta dos botellas de la reparadora medicina, porque los palomos tiernos se pagan muy bien, y sin duda, son los suyos un exquisito manjar.

Al pensarlo así, algo dulce y amable se le rompió en el corazón; un cariño tembloroso y amenazado le duele en él, llenando de lágrimas los ojos de la niña.

Pero sofrena al punto aquel dolor arrepentida de sentirle, ofreciéndole por su madre con entusiasmo fervoroso.

Y sube al desván, donde anidan las aves libres que vuelan en el cielo, las criaturas superiores, gracia del éter, sonrisa del aire, que conocen la ciencia de las curvas y de los arcos, y se mecen en el viento y viven en la luz. Goza la chiquilla con ellas, rodeada de aleteos y arrullos, bajo una aureola de candidez, como San Francisco de Asís, y luego prende los palomos destinados a la inmolación; les acaricia mucho, les pone blanda y fina la ligadura de las patas, y un lazo de adorno sobre el albo collar.

Con un fácil pretexto dispone así el viaje la víspera del día feriado; hay que mercar hilo y agujas; hay que vender una dorada manteca y medio celemín de nueces escogidas. Puede ella fácilmente con la carga y se brinda con mucha solicitud; saldrá tempranito para ir despacio; volverá al anochecer y en el fondo de su banasta pondrá la frugal comida de las doce.

Asunción la deja ir no sin alguna resistencia; le parecen el camino largo y el día corto para que la rapaza marche sola; pero ella asegura que encontrará compañía, y oculta su tesoro con mucha habilidad.

Desde el amanecer estuvo escuchando los rumores nacientes. Oyó el rústico «¡Aoá!» del pastor que junta la rehala para conducir el ganado a travesío; la voz nómada es aún el eco de las tribus paganas que construyeron en la región los dólmenes y menhires; en cada aurora resuena el grito formidable como trasunto de la primera civilización, y sirve de alerta a los vecinos para emprender la lucha de una nueva jornada.

Al resonante aviso comenzó Rosa Luz a vestirse aquel día con muchas precauciones para no despertar a su madre; la dejó bien arropada bajo el centón de colorines, y salió muy diligente al campo silencioso.

Turbio estaba el cielo, pálida y tardía fué llegando la mañana; soplaron vientos con rápidas virazones, que alzaban en el ejido tolvaneras y arrastraban por la colina la voz querellosa de los arroyos.

No encontró Rosa Luz a ningún feriante del poblado, ni vió con recelo las nubes agachadas y ceñudas: iba pensando en su madre, sonriendo a la certidumbre de confortarla con el magnífico licor.

Dos leguas de trocha hacia el valle, entre lindes de zarzamora y macizos de helecho, bajo el toldo sombrío del celaje, dieron con la serrana en el mercado.

Acomodada allí, después de curiosear ligeramente los tendejones y los soportales de la plaza bulliciosa, no le costó mucho vender la manteca y las nueces; pero nadie le ofrecía por los pichones las cinco pesetas que deseaba.

Ya iba desconfiando de realizar su propósito: las horas corrían; los vendedores forasteros levantaban sus reales; arreciaba el frío con augurios de temporal, y los vientos volubles todo el día, se cuajaban en un fuerte aquilón.

Tenía Rosa Luz en el enfaldo los pichones, recogidos con suave ademán, y en los ojos las lágrimas contenidas por el despecho. Los últimos mercantes la miraban curiosos, y una niña, que pasaba de la mano de una señora, se detuvo a contemplar con fascinación las aves de Cintul.

—¿Cuánto pides por ellas?

—Un duro.

—Son caras.

—Necesito ese dinero para mi madre, que está enferma.

—¿Es verdad?

—¡Señora!

De las anubladas pupilas desbordóse el llanto con tan elocuente reproche ante la duda, que la compradora, llena de piedad, abrió su bolsillo y puso delicadamente la gran moneda de plata entre los dedos tímidos de la campesina.

Quedóse después mirándola con deleite: era ojizarca y trigueña, de tostado cabello y angélico perfil; tenía en la boca una dulzura triste, una gracia exquisita en la expresión. Al agradecer la fineza de la desconocida, presentaba los palomos con apresuramiento conmovido, besándoles con ternura una y otra vez.

La niña y la señora adivinaron todo el poema de aquel humilde sacrificio y una lástima creciente les ganó el corazón.

—Para ti, ¡guárdalos para ti!—dijo la diminuta señorita, rechazando la compra con viveza a punto de llorar.

—Sí; te los regalamos—añadió la madre inmutada.

—¿Y el dinero también?—murmuró incrédula Rosa Luz.

—También.

—Dios se lo pague...

Ya iban lejos las señoras, huyendo de la penetrante emoción, mientras la zagala se erguía, abrazando a sus avezuelas con un gesto feliz.

Se entretuvo después un poco comprando la medicina, y emprendió, muy anhelante, el regreso a Cintul.

Ya descendía de las cumbres la niebla de la noche; silbaba el viento, cortante como un puñal, y algunos copos blancos empezaban a caer.

Pronto las mariposas de la nieve se espesaron, convertidas en inmenso cendal, y la niña sola, en medio de la tormenta, pensó con espanto en retroceder.

Pero no supo hacia donde: la villa oculta por el velo de la nevasca había escondido sus contornos, ya muy vagos en la alumbración del crepúsculo.

Siguió andando maquinalmente Rosa Luz: sobrazaba el canasto de listones donde las botellas de elixir, abrigadas en sus cobijas, daban albergue mullido a los palomariegos.

Miraban las aves a su dueña con desmesurada inquietud, gimientes y azoradas, lívida la ceroma del pico, despeinado el plumaje tricolor. Y la niña las mira también con los ojos azules engrandecidos por el miedo, perdida en la terrible soledad.

Tarde marcina, de vientos inseguros que rolan a cada instante con distinta virazón.

Ya cesó de nevar; el aire está quieto, descansando sin duda, para emprender otra carrera tempestuosa.

Pero Rosa Luz no encuentra su rumbo; anda sin tino, pierde el huello debajo de los pies, borradas todas las rutas en una sola blanca y glacial.

No se distinguen los lindones ni los acirates; no se ven los confines; la noche se detiene aclarada en la albura infinita de la tierra, y la niña oye, de pronto, un alto rumor, único y elocuente en la sorda quietud de los campos: es el venaje del río que cunde ancho y turbio, partiendo la vega desde el monte, como una herida abierta en un cándido corazón.

Y acaba de aturdirse la pobre caminante porque las aguas arrumban lejos del camino que ella debe seguir.

Avanza todavía, a impulsos del instinto, subiendo siempre, mirando sin ver, hacia la altura donde se posa la aldea cismontana de Cintul, lo mismo que los árabes vuelven el rostro a la alquibia para rezar.

—También la niña reza: va diciendo fervorines en alta voz, asustada de su propio lamento:

Angel de mi guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día:
¡no me dejes sola,
que me perdería!

Se aleja del río, tiende a la cumbre, se cansa y vacila. Y al perder los ánimos piensa en dar libertad a los palomos para que se salven: ellos llevarán al caserío el último adiós de la infeliz.

Quebranta la frágil ligadura de los prisioneros y siente bajo las manos muertas el columbino temblor como una postrera caricia de la vida que huye, del amor que tiende las alas.

Cae en el silencio un largo arrullo, los pichones, libres y sacudidos, levantan sobre la niña un vuelo corto, abren toda la envergadura, cernidos en el aire sin moverse, como si aguardaran, y Rosa Luz corre detrás de ellos ansiosa de alcanzarlos otra vez, bajo la fascinación de lo imposible: ¡quisiera volar; quisiera vivir!

Cuando alarga los brazos codiciosos, cerca de sus amigos, las alas se mueven, tendidas las penas con empuje en el frío de la tarde, y otro vuelo se extiende en el espacio.

Repiten los palomos la espera arrulladora y la niña vuelve a correr; la senda inmaculada queda rota en el aire por un manso zureo y en la tierra por un paso fugaz; la sombra de la noche sigue detenida por el claror de la nieve y el fulgor de la luna; el cielo está luminoso, lejano y azul...

Asunción aguarda a su hija con loca incertidumbre: cien veces ha salido al portal, oteando los senderos y los horizontes, sin alejarse, por si la niña llega necesitada de auxilio mientras su madre la busca.

Pero ya no puede contenerse más; baja al camino sin perder de vista su ventana, encesa como un faro salvador, y dice al viento el nombre amado, con un grito de avidez:

—¡Rosa Luz... Rosa Luz!

Como una respuesta, como un anuncio, dos aves llegan del fondo de la noche y se posan alegres en los brazos de Asunción. Ella reconoce a los palomariegos preferidos de su hija, los recibe con ardiente esperanza y vuelve a gritar:

—¡Rosa Luz!

—¡Aquí estoy!

Una silueta amada se yergue en el lindero, y la niña, guiada hasta allí por los palomos al través de la ruta blanca, se refugia también en el regazo de la madre, con su ofrenda de salud y de amor...

CONCHA ESPINA

LA LIBERTAD DE LINDITO

PERSONAJES: La Monjita, Lindito, Rit, Pit, Nag, Tag, el Mochuelo, el Galápago, el Caracol, el Viento, la Nube, las Gotas de lluvia, los Granizos, el Rosal, el Arroyo, la Helada.

Aunque se divisan en el horizonte unas barras más negras que el hollín, el sol brilla con tan cálida dulzura como si, en vez de acariciar los sarmientos de diciembre, clavara sus flechas sobre los pámpanos de octubre. Al salir la Monjita del refectorio deja abierto el ventanal, y Rit y Pit, que acechaban desde la huerta, entran como dos rayos y se aproximan a la jaula de Lindito.

RIT

Hola, galán.

LINDITO

Buenas tardes, señores gorriones. Perdonen que hoy no les convide. La Monjita se ha llevado mi comedero...

PIT

Le convidaremos nosotros.

RIT

Pero en la huerta. Aprovéchese, ya que no han cerrado la jaula.

LINDITO

Azorado. ¡Oh, no!

RIT

¿No se atreve a salir de su calabozo? ¿Le da miedo?

LINDITO

Con cierto orgullo. ¿Miedo?... Me he paseado por toda la mesa, amigos

míos. Y un día fuí al claustro en el hombro del señor capellán, y hasta volé un poquito.

PIT

¡Vaya una cosa! ¡Ni que fuese una torre el señor capellán!

RIT

Sin embargo, tratándose de un joven sin experiencia, no es risible la valentía.

PIT

¡Valentía, valentía!... Me río yo de la valentía del que se conforma con estar preso. ¿Hay algo mejor que la libertad?

RIT

En eso tienes razón, compadre. *A Lindito.* ¿Para qué quiere usted las alas, pequeñín?... Vamos, véngase con nosotros. Verá la huerta, el campanario, los árboles, las flores, el estercolero, el arroyo... ¡Si tuviese alas el galápago, con lo atrevido que es!

PIT

Hasta nos querría quitar las novias ese jorobeta.

RIT

¡Bah! Ninguna le miraría. En cambio, a este galán..

PIT

Nag y Tag vienen a oirle. Juran que como usted no ha cantado ningún canario.

LINDITO

Ruborizándose. ¡Por Dios!

RIT

Y ninguno ha cantado tan bien. Así están las pobrecillas. Enamoradas, locas... Tan locas, que van a entrar en el refectorio para oirle.

LINDITO

Pero eso es absurdo... puesto que la gente se come a los gorriones. Y en las hembras no me gusta la temeridad.

RIT

Pero como usted es tan prudente...

PIT

Sí. Todavía es pequeñillo, poco macho.

LINDITO

Con decisión. ¿Es cierto que desean oírme esas señoritas?

RIT

Tan cierto como que no hay fiera peor que un gato.

LINDITO

Solemne. Pues me oirán.

RIT

¿Qué quieres decir, chico? ¿Que nos acompañas?

LINDITO

Un canario es siempre un caballero. Y adelante. Que esas señoritas no me esperen.

PIT

¡Viva la libertad!

RIT

¡Vivaaa!

Lindito salta desde el ventanal, vuela torpemente y a los pocos segundos, se deja caer sobre la chimenea del pabellón del hortelano.

LINDITO

¡Caráfilis!—como dice el señor capellán—. Pues si estoy mareadillo. Pero, ¡viva la libertad, caráfilis! Hermoso es el mundo. ¿Dónde están las señoritas?

PIT

En aquel olivo viejo. ¡A volar!

LINDITO

¡A volar! Ya he preparado un discurso para saludarlas.

Llegan al olivo y Nag, Tag y sus amigas rodean al canario, alborozadas.

NAG

¡Qué rubio es!

TAG

¡Si parece de oro!

LAS AMIGAS

¡Qué rubio es! ¡Si parece de oro!

LINDITO

Señoritas: he venido para que no cometieran ustedes una acción temeraria, y, desde este momento, soy su esclavo. Dispongan de mi juventud, y sepan que soy un humilde artista enamorado del amor casto y de la libertad respetuosa.

TAG

¡Qué rubio es!

NAG

¡Si parece de oro!

LINDITO

¿Empiezo a cantar?

EL MOCHUELO

Desde la caverna donde se aloja en el tronco del olivo. ¡Calla! ¡Pues si es el tontilindango de las monjas! Como se descuide, me lo meriendo esta noche.

EL GALÁPAGO

Al pie del olivo. ¡Recristina, han dejado salir a ese insignificante! Ah, pues si dejan salir, yo no me opondré a que me pongan en una jaula dorada para que el señor obispo me dé bizcochos.

RIT

Jaleando a Lindito, que canta. ¡Su madre! ¡Vamos a quererlo!

PIT

¡Olé los mozos crúos! ¡Ay que niño!

EL CARACOL

Reptando penosamente por el tronco del árbol. La verdad es que canta como un serafin. Quizás tan bien como las ranas, aunque con una voz menos llena... ¡Lo que yo daría por cantar así!... Pero, ¡quién sabe! Tal vez cuando me broten las alas me nacerá la voz. Paciencia.

Lindito obsequia al concurso con todas sus canciones y, ebrio de entusiasmo, no repara en que el sol, que termina ya su carrera, parece que huye de unas nubes plomizas que entenebrecen el cielo.)

RIT

Amigo: eres un buen cantante de ópera. Nadie lo negará.

PIT

Y no se cansa. Mira que chillar de ese modo horas y horas... ¡Vaya un pequeñín duro!

LINDITO

Sí me canso. Me duelen hasta los ojos. Pero por complacer... Y estas elegantes señoritas, ¿no cantan?

RIT

¡Pues no han de cantar! Chicas, venga el dúo.

Nag y Tag pían un rato desapaciblemente, y Lindito hace esfuerzos heroicos para contener la risa.

LINDITO

Afable. No está mal. En cuanto yo les dé unas lecciones a estas damiselas...

RIT

Furioso. ¿Lecciones tú, pequeñillo?

NAG

Alborotada. ¡No nos entiende! ¡No sabe lo que es cantar con estilo!

TAG

Sigue pareciéndome de oro; pero es un afeminado.

LINDITO

Con dignidad. ¡Señorita!

RIT

Amenazador. ¡Cállate, que te conviene, chiquitejo! Sí, eres un afeminado. Y un vanidoso sin educación. ¡Dar tú lecciones! Pero, ¿sabes lo que es el estilo castizo, mandria?

LINDITO

Yo...

NAG

Se ha figurado que somos tan infelices como las monjas...

EL VIENTO

¡Cómo pesa esta maldita nube!... ¡Huú!... ¡Huú!... ¡Fluú!... Si ardiese este poblachón, me divertiría. Voy a ver si incendio algo. ¡Huú!... ¡Huú!...

LA NUBE

¡Oh, qué dolor de entrañas!

EL VIENTO

Descarga un poquitín, comadre, que pesas mucho.

LA NUBE

Lanzando granizos. ¡Ay, mis entrañas! ¡Oh, cómo alivia ésto!

LOS GRANIZOS

Acometiendo igual que si fueran jinetes encolerizados. ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip!... ¡¡Hurra!!... ¡Adelante! ¡Golpeemos el metal y la piedra!... ¡Quebremos el vidrio y aplastemos las flores! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip!... ¡¡Hurra!!

TAG

Ya no caen granizos; pero empieza a llover. ¿Vámonos?

RIT

A casita, a casita. ¡Rediez, si estoy medio descalabrado! Y tú, tenorcillo, vete al refectorio, porque para llegar al alero donde tenemos nuestro hotel hacen falta unas alas mejores que las tuyas.

NAG

Y que no queremos huéspedes mal educados. Adiós, profesor.

Se marchan alegremente los gorriones y Lindito tiembla de miedo.

EL MOCHUELO

¡Corcia, qué obscuridad más agradable! Empiezo a ver. ¿Se habrá ido el tontilindango?

LAS GOTAS DE LLUVIA

¡Cómo nos enfría este infame vendaval!... Bajemos a escape a dormir en la tierra, o a evaporarnos en el pecho de una mujer o en la pechuga de un pajarillo.

LINDITO

Volando valerosamente. No, no es muy hermoso el mundo. Pero, ánimo,

caráfilis. Ya estoy en el pabellón . Ahora, a la ventana. A la una, a las dos, a las tres... *Llega en un vuelo bizarrísimo a la ventana y choca contra los cristales.* ¡Demonio, redemonio!... ¡Ay, que juro como un carretero! ¡La Santísima Virgen me valga! *Temblando de pavor.* ¿Habrán cerrado para castigarme? Pero ¿por qué, Dios mío? Si yo soy partidario de la libertad, ¿me gusta, acaso, el libertinaje odioso? ¡Que me lo digan!... Y que ni siquiera he salido por amor a la libertad. He salido por galantería, por complacer a unas damas. ¡Un canario es siempre un caballero! ¡Eso es lo que es un canario!

EL VIENTO

¡Huú!... ¡Huú!... ¡Fluú!... ¡Si yo consiguiera romper estos cristales!...

EL ROSAL

Pegándose a la pared, bajo la ventana. ¡Este maldito viento va a acabar con mi salud! ¡Ay, mis brazos! ¿A que me los quiebra?

EL ARROYO

¡Hola! ¿Ya se acabó la lluvia?... ¡Nada, que nunca engordaré lo bastante para meterme por esa ventana y ver más cerca a las monjitas! ¡Digo, y empieza la helada!... ¿A que me convierto en un cristal y se me pasean por encima los patos? Está visto: No se puede vivir.

LINDITO

¡Qué frío, qué frío, Señor!... ¡Si el rosal tuviera hojas!... Pero, de todos modos, más caliente que el mármol estará.

LA HELADA

Endureciendo y blanqueando lentamente los árboles, la tierra y el agua. ¡Chsss!... ¡Chss!...

LINDITO

¡Qué frío, Virgen Santísima!

EL ROSAL

Al sentir el leve calor del pájaro. Dios mío, ¿me ha besado un niño en una rama, o me ha rozado con uno de sus cabellos la Primavera?

LA HELADA

Completando cruelmente su labor. ¡Chsss!... ¡Chsss!...

LINDITO

Me parece que tengo menos frío .. y me parece que se me han endurecido las plumas. Sí, sí. Estoy muy bien. Y tengo sueño.

EL ROSAL

Ya retiró su cabello la Primavera.

LA HELADA

¡Chsss!... ¡Chsss!...

Y calla todo, y cuando se asoma el sol y abre la monjita la ventana, todo se asemeja al cristal esmerilado o brillante.

LA MONJITA

Al ver a Lindito que, helado en una horcadura, se podría confundir con una flor. ¡Hermanas, hermanas, acudid! ¡Un milagro! ¡Un milagro!... ¡Mirad qué rosa blanca le ha nacido al rosal!

J. LÓPEZ PINILLOS

EL REY ULULÁ

Cuando el señor Jameson tomó a su servicio a un negro no pudo reprimir un movimiento de repulsión, porque supuso que aquel hombre que pertenecía a una raza inferior, no sería inteligente, ni activo, ni podría interpretar rectamente sus órdenes, ni satisfacer sus deseos; pero a los pocos meses pudo convencerse de que se había equivocado, porque Peters, que así el negro se llamaba, resultó ser tan laborioso y diligente, tan sagaz y avisado, que el señor Jameson depositó en él su confianza hasta el extremo de que no le era posible vivir sin los auxilios de su fiel criado.

Permanecía Peters durante todos los días de la semana consagrado a sus ocupaciones domésticas, excepto los domingos, en que su amo, muy a regañadientes, le daba libertad y asueto, y entonces, Peters, que durante seis días había represado sus instintos semisalvajes, se entregaba con maligna malicia a satisfacerlos, y bailaba con mujeres de su raza hasta rendirse y bebía con sus camaradas hasta perder la razón.

En una de estas locas francachelas tuvo Peters una acalorada disputa con un hombre blanco, y tan sin tino le insultó primero y le agredió después, que el blanco murió al día siguiente a causa de las heridas que le infirió Peters en aquel fatal encuentro.

No tardó la policía en apoderarse del negro y en encarcelarle, con lo cual quedó el señor Jameson privado de los asiduos servicios de su fiel doméstico, con el que se había compenetrado de tal suerte que ya no le era posible realizar a gusto su metódica vida, porque ningún otro criado acertaba a servirle con tal conformidad con sus deseos.

El señor Jameson imploró de los jueces que entendían en el proceso que

tuvieran con Peters toda la piedad y la benevolencia posibles, y cuando se convenció de que su negro había de estar recluído en la cárcel, por lo menos, durante veinte años, se apoderó de él la obsesión de librarle de su encierro, y para conseguirlo imaginó el plan audaz de suplantar a Peters en la cárcel con otro negro que se prestase a pasar por él y a sufrir la condena.

Aun cuando el señor Jameson ofreció a varios negros por la suplantación que meditaba cantidades excesivas no encontró a ninguno que quisiera vender su libertad a ningún precio; pero como el señor Jameson era tenaz y arriesgado y las dificultades en vez de desalentarle en sus designios se los fortalecían y avivaban, resolvió hacer un viaje a Guinea, comprar un negro parecido a Peters, conducirlo a Jamaica, donde su criado estaba preso, y hacer la sustitución que proyectaba sin que el nuevo negro se diera cuenta de ella.

Conforme a sus deseos compró un negro salvaje, tan cerril y tan estúpido que entre los mismos salvajes pasaba por un perfecto dechado de brutalidad humana y le condujo con grandes precauciones a la isla de Jamaica, no sólo temeroso de que se le muriera sino lleno de remordimiento por la infamia que hacer pretendía y que suscitaba sentimientos de piedad en el corazón del señor Jameson.

El infeliz negro, que se llamaba Ululá, no podía darse cuenta de la causa de tal cambio de vida, ni mucho menos de las atenciones de que era objeto por parte de aquel blanco a quien él consideraba como a un sér casi divino.

El señor Jameson, que ya se hallaba de acuerdo con el alcaide de la cárcel para hacer la sustitución de los negros mediante una fuerte suma, cierta noche condujo a Ululá, con gran sigilo, hasta la cárcel, y una vez en ella dejó a su víctima en la celda y salió de la prisión acompañado de su estimado Peters, cuyos servicios tan anhelantemente deseaba.

Al pobre Ululá le pareció la cárcel un palacio, su blanqueada celda una señorial mansión, su humilde petate un gran lecho, y los carceleros que le vigilaban, grandes dignidades que le rendían homenaje.

Cuando los jueces le tomaron la última declaración, al oir que el negro, que pensaban que era Peters, no entendía lo que se le decía, y que daba gritos guturales e inarticulados, expresión natural de su lengua salvaje, en-

333
333

tendieron que el pobre negro se había vuelto loco y le pusieron en observación, prodigándole los cuidados y atenciones que un enfermo merece.

A su vez Ululá, al verse mejor instalado y atendido, al saborear su comida, que aunque pobre y modesta, a él le parecía el manjar más exquisito de la tierra, al ver que los médicos, aquellos respetables blancos, le tomaban el pulso, lo cual estimaba como un acto de extraordinaria reverencia y cortesía, llegó a creer que los blancos le habían sacado de su tierra para hacerle rey y llegó a persuadirse de que todos aquellos hombres que le rodeaban eran sus vasallos, y la cárcel su palacio.

Peters, que ignoraba todo esto, un día, no pudiendo soportar en calma sus remordimientos, se encaminó a la cárcel para cruzar impresiones con Ululá y aun para ocupar su puesto, como era su deber, si se convencía de que a su compatriota le era insoportable su triste vida.

Como Peters recordaba todavía su dialecto salvaje, pudo entender perfectamente las palabras de Ululá, y su asombro no tuvo límites cuando oyó que su compañero le decía:

—Retírate, no quiero que me sirvan negros; me es mucho más agradable tener en mi palacio por criados y por vasallos hombres blancos.

—Pero, ¿quién crees tú que eres y dónde crees que estás?—exclamó Peters.

Al escuchar estas preguntas, que Ululá creyó muy impertinentes, se puso derecho sobre su cama, que él creía ser su trono, y con voz estentórea y tono grave y altivo, dijo a Peters:

—Este es mi palacio y yo soy Ululá, el rey Ululá, rey de los blancos.

Mientras decía estas palabras, señalaba imperiosamente la puerta para que el negro saliera de aquella estancia al instante, por lo cual Peters hizo una gran reverencia y se retiró de allí diciendo:

—Dios mío, este hombre es feliz, completamente feliz con lo que yo hubiera sido absolutamente desgraciado.

RAFAEL TORROME

LA DUQUESITA Y LA MOLINERA

HABÍA una vez, en una gran ciudad, una Duquesita que vivía en un magnífico palacio.

Alrededor había un precioso jardín lleno de árboles, cruzado por limpios senderos y dividido en macizos de verdor cuajados de flores.

En una habitación del palacio, caliente, con sus ricas alfombras y preciosos cortinajes—porque hacía frío—, la Duquesita, sentada en un blando sillón, daba lección con su institutriz.

¿Cómo se llamaba la Duquesita?

¡Alejandrina!

¿Y cómo era?

Muy jovencita. No tenía más que doce años. Sus cabellos eran rubios como el oro; sus ojos, azules como el cielo; su traje, blanco como la nieve; su cara y sus manos, suavemente pálidas como el marfil. Pero también a ratos sonrosadas, como los pétalos blancos y rosados de las flores del almendro.

Pero la Duquesita no era feliz.

Su mamá se había muerto hacía mucho tiempo.

Su papá, un Gran Duque, se había marchado a la guerra; a una guerra terrible, en donde se mataban muchísimos hombres.

Y como después de las guerras vienen las revoluciones, porque la gente se cansa de matarse y de sufrir hambres y dolores, vino una revolución muy grande. Por las calles, la gente andaba a tiros gritando, rompiendo faroles y cristales de las ventanas, sin que la policía pudiera contenerlos.

Aquel día, la Duquesita y su institutriz estaban muy tristes y daban muy mal la lección.

De repente, oyeron a lo lejos un confuso rumor de voces y de ruidos extraños.

—Dios mío, ¿qué pasará?—exclamó la niña. Las dos se acercaron vivamente a la ventana.

¡Se oyó un tiro! ¡Y luego otros tiros!... Y después una multitud enorme de gente que en la calle quería abrir con gritos y empujones la puerta de la verja que rodeaba al jardín.

—¡Ay de nosotras!—dijo la institutriz—¡Los revolucionarios quieren entrar aquí! ¡Venga usted! ¿A dónde iremos? Al sótano. Allí no nos encontrarán.

Se echaron a correr, blancas de terror, hacia una pequeña escalera.

—¡Juan! ¡Luis!—gritaban a los criados. Pero nadie acudía. Todos habían huído o estaban escondidos.

La gente había saltado ya la verja del jardín armada con palos, piedras, pistolas y escopetas.

—¡Ya ha venido el Gran Duque! ¡Entregadnos al traidor!...—rugían como fieras.

De repente se oyó un gran estrépito. La puerta de la casa, que estaba cerrada, se vino abajo a fuerza de palos y piedras, y una avalancha de gente penetró en la casa, se desparramó por las habitaciones, rompiendo y robando lo que podían. Un grupo de hombres descubrió el arranque de la pequeña escalera y subió por ella, encontrándose con la institutriz y la Duquesina, que temblaban, pálidas de terror.

—¡Dinos donde está el Gran Duque!—gritaban a la profesora.

Mientras tanto, uno, el viejo mendigo de la esquina, a quien la compasiva Duquesita solía dar limosna, le dijo a ésta:

—¡Vete muy lejos de aquí! Por la puerta trasera del jardín no hay nadie.

Y cubriéndola en seguida con su cuerpo, fué haciéndola bajar algunos escalones, y por fin la pudo hacer escapar hábilmente a las miradas de sus enemigos.

Mientras en la casa ducal el infernal barullo proseguía, la Duquesina corrió

desesperada hacia la puerta trasera del jardín. No encontró a nadie. Abrió la puertecilla que daba a una callejuela solitaria. Siguió corriendo... corriendo. Parecía que tenía alas en los pies. El miedo le daba unas fuerzas prodigiosas. Salió hacia una carretera. Mas por allí pasaba un hombre con un carro y la podía ver. Entonces se decidió a tomar un pequeño camino que parecía subir hacia un monte que se divisaba a los lejos, continuando su atroz carrera, sin detenerse apenas más que para respirar y tomar aliento...

... ¿Cuánto tiempo pasó corriendo así? Miró a su relojito—pulsera de oro, que le ceñía la muñeca derecha—. Eran las tres. Estaba rendida y tenía hambre.

Apartóse un rato al borde del camino, y se sentó en el césped. Las piernas le dolían.

¿Ahora, a dónde iría?

Por allí cerca había un árbol bastante alto. Si se pudiera subir, quizás vería algún pueblo, o tal vez por algún camino pasaría alguien a quien le pudiera preguntar, o pedir de comer.

Quiso trepar al árbol. Pero sus medias de seda blanca, y sus blandos zapatitos de negro terciopelo, se destrozaban con el roce del tronco, que le producía vivos dolores en las piernas. Sus manos finas y pálidas, se desgarraban con los pinchos de las ramas y con la áspera corteza.

Por fin, no pudo más, y se dejó caer al pie del árbol, llorando desconsolada.

¡Pobrecilla!

¿Qué haría ahora? ¿Se moriría de hambre y de frío? ¿Se la comerían los lobos por la noche?

—¡Madre mía de mi alma—exclamó arrodillándose, fijos los ojos en lo alto y cruzando las manos—: tú que, seguramente, me estás mirando desde el cielo, pide a Dios que me ampare! ¡Que me inspire lo que tengo que hacer!

La oración a Dios, y la evocación de su pobre madre, le dió nuevas fuerzas. Levantóse animada, y continuó andando su camino, que subía hasta la cima del monte. Pronto estuvo arriba. Respiró con alegría. Entonces vió que el camino descendía, atravesando tierras labradas en rojos terrenos, que se extendían suavemente por la nueva pendiente del monte.

Al pie, allá a lo lejos, le pareció divisar algunos trechos de la plateada

corriente de un río, medio oculto entre un bosquecillo de álamos de oscuro verdor, largos y estrechos.

Se decidió a bajar. Ya le debía faltar poco de aquel camino para llegar a algún pueblo, puesto que se divisaban tierras labradas.

Mas... parecía que el río estaba tan cerca, y, sin embargo, no llegaba nunca. Como ella estaba en alto, y se veía todo tan bien, las verdaderas distancias la engañaban.

Continuaba andando, rendida, hambrienta, lastimadas las manos y las piernas. Una zarzamora del camino, que le impedía el paso, le hizo un gran jirón en el traje, y no sabiendo que tenía espinas, al querer apartarla, se clavó dos en la mano.

Se hacía tarde. El sol se había ocultado ya. La noche se aproximaba, enmedio de un silencio solemne, y la pobrecilla Duquesina tiritaba de miedo y de frío.

Continuó andando lentamente. La luna brillaba ya en el cielo oscuro, tachonado de estrellas, derramándose una suave luz de plata en la campiña sembrada. Por el camino, blanco a la luz de la luna, la negra sombra que proyectaba su cuerpo al andar, le parecía un bandido que le seguía los pasos. Los árboles del bosquecillo del río, ya próximo, heridos por los suavísimos rayos lunares, perforando las negruras de los espesos matorrales, proyectaban fantásticas sombras, que a ella le parecían gigantes con descomunales brazos.

Quería ser valiente, y no podía. Quería gritar, y la voz se le ahogaba en un gemido, en la garganta. Tenía sueño. Quería abrir los ojos para no dormirse, pero sus párpados se cerraban; sus manos y sus pies se helaban; cada vez veía y sentía menos... Por fin, no vió nada... Cayó pesadamente al pie de un árbol, mientras sus labios se movían llamando a su madre...

¡Pobre Duquesita! ¡La de las trenzas de oro, la de los ojos azules, la de la cara blanca y rosada como los pétalos del almendro en flor! Sus manos de marfil, que hacían bellos bordados, y al piano arrancaban notas melodiosas, no han sabido asir el tronco de un árbol, ni apartar una punzante zarzamora. Su frágil cuerpecillo de muñequita de porcelana, ¿resistirá al lecho húmedo y frío de la tierra en invierno, y a la dura cabecera de las raíces del árbol que

le cobija? Sus ojos azules de inocente mirar, ¿cuánto tiempo guardarán la visión espantosa de aquellas fantásticas siluetas, caprichos de los rayos de luna en la fantasía de los niños miedosos?

¡Duquesita! ¡Duquesita! ¿Por qué no aprendiste a ser fuerte y valiente, que hace tanta falta para vivir?

II

A la mañana siguiente, Isabel, la molinerita, sacaba a pacer sus quince vacas a las orillas del río.

Era la tercera hija de Juana la molinera, que sabía espabilar de lo lindo a sus tres muchachas, María, Antonia e Isabel.

Ella era la más pequeña. Tenía trece años. Bajita, pero ágil y graciosa, sus mejillas eran rojas como la grana, sus ojos negros como el azabache y relucían de inteligencia, como relucen los espejos heridos por los rayos del sol.

Aquella mañana, después de dar de comer a las gallinas, después de limpiar la conejera y traer de las cercanías hierba fresca para los conejos, recibió de su madre el encargo de aprovechar la mañanita de sol tan hermosa que se presentaba después de tantos días de lluvia, para que las vacas, tanto tiempo encerradas en el establo, salieran a pacer a los juncales próximos.

Una vaca se alejó demasiado de sus compañeras, internándose por el bosquecillo de álamos. Isabel aproximóse palo en mano para recoger a la descarriada, cuando vió un bulto blanco al pie de un árbol.

—¿Qué es aquello?... ¿Una niña?—exclamó asombrada.

Acercóse y la fué tocando cuidadosamente.

—No está muerta, no, que respira. Pero está helada. ¿Cómo la calentaré?

La cogió en sus robustos brazos, y con infinitas precauciones la llevó fuera del bosque, sentándose con ella en el regazo, a pleno sol.

—¡Ven, Brillante! ¡Aquí, Pajarilla!—gritó con todas sus fuerzas.

Acudió en seguida, alegre y retozón, Brillante, un perro negro y lustroso como el azabache. Acudió después, lenta y majestuosa, Pajarilla, una vaca

rubia con manchas obscuras en la frente y en la espalda, que era la favorita de la molinera. La seguía siempre, tan dulce y cariñosa como el perro, mirando constantemente a su amita con aquellos sus tiernos ojos, húmedos y tristes, que suplicaban una caricia.

—¡A ver! Sentaos aquí, muy cerca de mí. Todos juntitos, para que calentemos a esta niña.

Los animales obedecieron.

Entonces ella se quitó una gruesa capa de paño, envolvió a la niña, y levantándole la cabeza y aproximando el pezón de la vaca a su boquita de grana le hizo exprimir una leche dulce y caliente.

Alejandrina abrió los ojos.

—¡Bebe! ¡Bebe, que está muy buena! Tienes hambre y frío, ¿verdad?

La niña contestó que sí con la cabeza, sin fuerzas para responder.

Siguió así un ratito bebiendo leche. Sus ojos se iban poco a poco animando, y un dulce calor se extendía por su cuerpo aterido.

—¿Tienes más gana?

—Sí—murmuró con débil voz.

—Bueno, espérate aquí un poco, entre el perro y la vaca. ¿Oyes, Brillante? ¿Y tú, Pajarilla? ¡Quietos aquí! Yo voy a ver si tengo suerte.

—¿Qué iba a hacer?

Se descalzó y se metió por entre las piedras de las orillas del río, levantándolas y buscando sin cesar. Alejóse bastante, se metió más hacia enmedio de la corriente, hasta que al fin, levantando la mano enseñó algo a lo lejos, gritando:

—¡Ya tengo una!

Salió del río, se calzó de prisa y vino a la niña, enseñándole un pez negruzco, de más de un palmo de largo, que acababa de coger.

—¿Ves? Es una trucha. Se esconden entre las piedras de algunos ríos. Les gusta, sobre todo, el agua muy limpia, la de los ríos en su nacimiento. Pero no creas que se pescan muy fácilmente. Al meterse uno en el río, ha de apartarse de enmedio y de las grandes hondonadas, que es por donde va más fuerte la corriente.

—¿Con qué la has pescado?—murmuró débilmente Alejandrina.

—Con las manos. He cogido dos más, pero se me han escapado. ¡Se escurren con una facilidad!... Ahora encenderemos fuego y la asaremos. Luego te la comerás con pan, que tengo un trozo del desayuno de esta mañana.

—¿Y con qué harás fuego?

—Voy a ver si encuentro un pedernal.

En efecto, al poco rato de buscar halló una piedra durísima, de color de cera y gris, con los bordes cortantes y traslucientes.

Sacóse una navajita de acero del bolsillo, y con un trapito que por casualidad llevaba, poniéndolo sobre la piedra empezó a golpear con el canto de la navaja. Saltaron chispas brillantes, y por fin se encendió el trapo.

Aproximó en seguida unas cuantas ramas secas, y soplando con sus potentes pulmones, pronto se encendieron las ramas con una llamita viva y alegre.

—¡Cuántas cosas sabes!—exclamó admirada Alejandrina.

—No mucho. Fuí dos años a la escuela, y allí me enseñaron a leer y a escribir. Pero murió el pobre padre, y como no teníamos hermanos, madre, para no vender el molino, tuvo que enseñarnos bien a trabajar. Mis hermanas tienen más fuerza que yo. ¡Cargan con unos costales de trigo y de harina!... Pero yo, según dice madre, tengo más ocurrencias. Siempre me llaman a mí para salir de algún apuro.

La molinerita, mientras hablaba, iba tostando el pez, clavado en la navaja a guisa de asador, después de bien limpio por dentro y raspadas las escamas.

—Ya está. Toma, cómete con el pan, ahora que está calentito.

Alejandrina lo comió con verdadero deleite. Le parecía riquísimo. Un dulce bienestar se extendía por su cuerpo con aquellos manjares calientes, y aquel fuego bienhechor.

Se levantó para desentumecer sus piernas. Se sentía animada.

—¿Y ahora a dónde vas?

—No lo sé.

—¿De dónde vienes?

—De la ciudad.

—¿Te has escapado de tu casa?

—Sí; porque entraron muchísimos hombres buscando a mi papá para matarle, y creí que me matarían a mí también.

Entonces le contó detalladamente su terrible historia y su triste viaje.

Isabel la escuchaba con los ojos muy abiertos, a la vez aterrada y compadecida.

—Bueno; no tengas miedo. Vente conmigo al molino. Madre es muy buena y permitirá te quedes con nosotras hasta que te encuentre tu papá.

Se disponían a andar, cuando se fijó en el gran jirón de su vestido.

—¿Cómo te has hecho eso?

—No lo sé.

—Ven que te lo cosa. Yo, cuando me marcho fuera de casa, siempre llevo una aguja con hilo en la blusa. En el molino ya te lo arreglaré mejor.

Rápidamente dejó arreglada la falda del vestido de la Duquesita.

—Ahora tengo mucha sed.

La molinerita, con asombrosa celeridad, buscóse un papel en el bolsillo, hizo un cucurucho y se marchó al río, trayéndolo al poco tiempo lleno de agua.

—¡Bebe, bebe!—le decía afectuosa.

Después de satisfecho su apetito y apagada su sed, la Duquesita miróse tristemente las manos llenas de rasguños.

—¿Qué tienes ahora?

—Me duelen mucho. Y las piernas también.

—¡A ver!

Miró despacio las manos y las piernas de la infeliz niña. Estaban todas llenas de arañazos y en parte despellejadas. En una mano tenía clavadas dos espinitas, y en una pierna una astilla, seguramente incrustada al bajar del árbol.

—Eso no es nada. Con la aguja ya te las sacaré.

Y se puso manos a la obra. La Duquesita, alegre y agradecida, la dejaba hacer.

—¡Qué buena y qué lista eres! Yo te querré mucho siempre, porque me has salvado.

—No, mujer. Tú también hubieras hecho lo mismo. Pobres y ricos, todos somos hermanos. ¿Qué hemos de hacer, sino ayudarnos los unos a los otros?...

Cuando Juana la molinera vió llegar, asomada a la ventana de arriba, antes de la hora, al perro, siempre alegre y retozón, y luego las vacas, y luego, en fin, a Isabel, que sudorosa y jadeante, traía cargada a cuestas a la pobre Duquesina, bajó apresuradamente a la puerta del molino.

—¿Quién es esta niña, Isabel? ¿Qué ha pasado?—exclamó con ansiedad.

La molinerita apenas podía hablar de cansada que estaba.

—¡Antonia! ¡María! — gritó a sus hermanas —; venid que os lo contaré todo.

Las hermanas acudieron.

—Tráele una silla a esta niña, que está muy cansada.

—Madre no me riña, que le diré la verdad.

Y entonces, con voz tierna y conmovedora, empezó a referir ante las tres la desgraciada historia de la Duquesina, reducida en veinticuatro horas, de la más espléndida opulencia a la más espantosa miseria; corriendo desesperada, con las fuerzas sobrehumanas que a veces da el miedo, a través de carreteras, caminos y bosques, arañada y dolorida, espantada en medio de la noche, cayendo, al fin, entumecida por el frío y desmayada de hambre y cansancio, al pie del árbol, en donde pasó medio muerta aquellas tremendas horas de la madrugada.

La buena molinera la miraba compadecida.

—Bueno. Quédate aquí con nosotras hasta que Dios quiera.

Isabel se abalanzó al cuello de su madre, comiéndosela a besos.

—¡Ves qué suerte es tener una madre!—exclamó inconsciente.

La Duquesita callaba y lloraba.

Rápidamente sacó su reloj-pulsera de oro, quitóse también los pendientes y se los ofreció a la molinera.

—No, hija mía, no—contestóle la honradísima Juana—. Estas riquezas no son tuyas aún, pues eres muy niña, incapaz de apreciar su valor, ni de

poseerlas. Tú eres de tu papá. El día que te encuentre, has de tener todo lo que tenías cuando viniste.

—Entonces, ¿qué haré yo por ustedes?

—Nos ayudarás a trabajar, y así aprenderás tú misma. Porque ya lo ves: los honores y las riquezas, los demás los dan, los demás los quitan. Pero el propio valer, conquistado por el esfuerzo, va con nosotros a todas partes y nadie nos lo puede quitar.

Ahora necesitas dormir. Quizás también estés enferma. Ven que te lleve a la cama.

Y aquella mujer, de alma fuerte y sencilla, como su hija, llevó a la mejor cama a la pobre Duquesita, la arropó bien, la besó en la frente y la dejó dormir plácidamente.

III

¡Qué diferente era la vida de la Duquesita Alejandrina ahora al lado de su amiguita Isabel!

Juntas se levantaban al rayar el alba. Juntas se arreglaban, almorzaban, hacían sus camas y barrían el cuarto.

Luego se marchaban alegres por la campiña a buscar hierba fresca para los conejos. Cuando se la llevaban al corralillo ¡cómo asomaban todos en seguida las cabecitas tan vivas y los ojos tan despiertos, tiesas las grandes orejas, moviendo sin cesar los hociquillos húmedos y rosados, que a veces hasta rozaban las propias manos de las niñas cuando impacientes y atrevidos se acercaban algunos a quitarles las hierbas que traían!

Un día la sorpresa de la Duquesita no tuvo límites. Habían nacido nada menos que ocho conejitos chiquitines, acurrucados como puños, con los ojitos cerrados. Ni uno sólo se murió, pues ya tuvieron ellas buen cuidado de ponerlos con su madre en el sitio mejor, el más soleado, y luego tener siempre la conejera limpia y el agua limpia, pues ¡es tan importante el sol y la limpieza para los chiquitines! Y luego, a la madre, las hierbas más escogidas, las más frescas, salpicadas todavía de menudas gotitas de rocío.

Pues ¿y el cuidado de las gallinas y los patos?

—¡Pío, pío!—gritaba por las tardes la molinerita.

Y entonces acudían, sin saber cómo, gallos, gallinas, pollos, patos y gansos. Los unos, desde los bordes del río; los otros, desde los rincones de los campos; otros, en fin, desde los alrededores de la casa. No faltaba ni uno. Los patos y gansos, con los lentos movimientos de sus patas anchas como una palma; las gallinas, con su ligero correr, y su eterno picotear, seguidas de cerca por cada una de sus grandes familias de pollitos, tan alegres y tan listos que, desde que agujereando por dentro ellos mismos el huevo, salían a la luz por vez primera, ya sabían ellos solos picotear y buscarse granitos.

Pero lo más interesante era el molino. La Duquesita se admiraba de cómo echando los granos de trigo sobre las inmensas piedras redondas llamadas *muelas,* se ponía una de ellas a girar sobre la otra con el ímpetu enorme que le daba un salto de agua desviado del río al caer en turbulenta catarata deshecha en blanca espuma, arrastrando con su fuerza a la piedra. Así se trituraban los granos de trigo, luego se cribaban, y finalmente, se recogían convertidos en blanquísima y suave harina.

Otras veces sacaban a pastar las vacas y se marchaban lejos bordeando el río. Leían libros y escribían con lápiz en papeles que a propósito llevaban, y entonces la Duquesita gozaba explicando a su amiga muchas de las cosas que leían y escribían. Así la una aprendía de la otra.

... Pasaron varios meses. La Duquesita, alegre y sonrosada, parecía encontrarse a gusto en su nueva vida. Sin embargo, a ratos quedábase triste y pensativa.

—Diga usted—le dijo una vez a Juana la Molinera—, ¿cómo me las arreglaría yo para saber algo de mi papá?

La molinera reflexionó.

—¿Y si escribieses al alcalde del último pueblo en donde estuvo en la guerra? Quizás supiera algo.

—¡Es verdad!...

Una tarde de mayo florido, Juana la Molinera, con sus tres hijas, María, Luisa e Isabel, y también la Duquesita, cosían sentadas a la sombra del verde

emparrado que encuadraba la puerta del molino. Los rayos del sol poniente, atravesando la alegre espesura de las hojas de parra, hacían sobre el suelo, bien barrido y regado, lo más caprichosos dibujos, que asemejaban a una alfombra de tonos grises y dorados. Isabel tarareaba una canción sin interrumpir su costura. Un jilguero, en su jaula, picoteaba las vecinas hojas de los rosales y geranios cuajados de flores que trepaban desde los tiestos de la próxima ventana. Una blanquísima cortina, cubriendo la puerta, ondulaba suavemente con la brisa de la tarde.

De repente, oyeron el galopar de unos caballos. Levantaron vivamente la cabeza y a poco vieron aparecer tres jinetes, que se apearon presurosos.

—¡Papá! ¡Papá!—gritaba Isabel, saltando y corriendo loca de alegría.—¡Es mi papá!

—¡Hija mía!—exclamó uno de ellos, el que parccía ser el amo.—¡Por fin te encontré! Ahora ya no nos separaremos más. Todavía somos ricos. Nos marcharemos al extranjero hasta que pase la revolución, y quizás aún vivamos felices.

—¡Isabel!—exclamó la Duquesita—. ¡Vente conmigo! Ya verás como te gustan nuestros salones, y papá te comprará unos vestidos preciosos.

—Sí, hija mía, sí. Vente, y Alejandrina tendrá una hermana. Yo sabré recompensároslo todo como os lo merecéis.

—¡Ay, no! ¡Yo no dejo a mi madre y a mis hermanas aquí solas! Además—exclamó pensativa—, ¿y si viene otra revolución? Madre te dijo cuando viniste: los honores y las riquezas los demás los dan, los demás los quitan; pero el propio valer, alcanzado con el propio esfuerzo, nadie lo puede quitar nunca.

—Quizás tengas razón, hermosa niña—exclamó el Gran Duque—. Alejandrina te ha enseñado lo que dicen los libros, pero tú le has enseñado a ella lo que puede la bondad del alma y el trabajo constante.

LEONOR SERRANO

I N D I C E

I N D I C E

	Páginas.
El niño dormilón	7
Derecho de asilo	13
La ruta blanca	19
La libertad de Lindito	27
El Rey Ululá	37
La Duquesita y la Molinera	41

Imprimióse este libro en la imprenta
de Luis Torrent y Compañía,
en la calle de Válgame
Dios, número 6,
Madrid.

Precio: 2,50 PESETAS